

Simbolismo de los colores

Los colores dominantes en muchos rosetones son el rojo y el azul, en representación de la polaridad entre los colores calientes y los fríos. El punto medio de éstos sería, como veremos si nos remitimos a nuestro mandala de los colores, el violeta, color provisto de evidentes asociaciones sacras y litúrgicas (todavía presentes en los paramentos y vestiduras del oficiante en la Misa), por cuanto alude a la unidad, a la espiritualidad humana, al camino medio.

El azul además de simbolizar el frío es el color del principio receptivo, acogedor, femenino en una palabra. Es el manto de la Virgen María, representación de lo femenino por antonomasia y cuyo nombre nos recuerda el «mare» o mar azul, símbolo a su vez de lo que sumerge y devora. Por eso el color azul representa al mismo tiempo la profundidad, la inmersión, la pasividad, a veces la tristeza (de los blues por ejemplo). Es el color del principio femenino, reproductor, multiplicador, aunque también puede ser un aspecto de la creatividad. Los hindúes pintan de azul a su dios Vishnú. Y también era azul Agni, el que preside la búsqueda de la verdad. En efecto el azul se relaciona asimismo con la verdad, la felicidad y la inmortalidad.

Si el azul, color frío, nos permite sumergirnos en él, por el contrario el rojo nos eleva. Es color caliente, el de las llamas y el del Espíritu Santo que desciende en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles en Pentecostés. Es el color de la valentía, el ardor del entusiasmo, e infunde vitalidad al mundo exterior lo mismo que el violeta al interior. En nuestro mundo el rojo representa además el amor; por eso hablamos de los fuegos de la pasión, y de amor ardiente. Los gitanos temen el exceso de rojo en el ambiente de los carromatos donde viven; en cambio procuran rodearse de una cantidad suficiente de violeta, en tanto que expresión del justo medio.

Otro color importante en los rosetones es el oro, aunque se haya utilizado con parsimonia por motivos evidentes, ya que su empleo queda restringido, en realidad, al «dorado camino medio», a las figuraciones del Logos y a la representación de la luz solar como símbolo de la luz de la Revelación.

En el mundo profano también se reservó el oro a las cosas más centrales e importantes, lo cual venía dictado por el valor material elevado del metal en sí; por eso fue el metal de los reyes y los emperadores en nuestro mundo occidental. Y también en otros continentes, si recordamos los legendarios tesoros de los mayas, los aztecas y los incas, en cuyas civilizaciones el oro representaba además al Sol, que era la divinidad máxima.

Parecidos significados reviste el amarillo, que cuando es puro también representa el color de la luz. En sus tintes enfermizos o tirando a «sulfurosos», en cambio, es el color de la envidia, de los celos y la traición; a Judas Iscariote se le pinta a menudo de ese matiz.

Es además el color del azufre, el material utilizado por el Diablo para la calefacción de su infierno.

El blanco, en tanto que color de la luz completa, se asemeja al oro por cuanto queda reservado a las máximas dignidades, a los sumos sacerdotes, desde los antiguos egipcios.

pasando por Aaron, el primer sumo pontífice de la Biblia, hasta la vestimenta de los gurús hindúes actuales y la del Papa. Por otra parte simboliza la Resurrección, lo cual le convierte en el color de los difuntos, puesto que es necesario morir en este mundo si queremos resucitar. El blanco designa así a los que siguen vivos en nuestro espíritu.

Por consiguiente, no es de extrañar que en otros países y otras culturas, por ejemplo en la India, el blanco sea el color de los ritos funerarios y del luto. Todo depende del punto de vista desde el cual contemplamos la muerte. En muchos países las flores de los muertos son blancas, y también las que se regalan a los maestros renacidos. No por casualidad es blanca la flor de loto, símbolo de la más alta evolución espiritual en Oriente, donde representa, además de la perfección, la pureza absoluta. Con lo cual nos vemos de nuevo devueltos a nuestras latitudes, ya que si consultamos el oráculo de la ciencia física, el único cuyas sentencias son irrefutables para nosotros, se nos dice que el blanco es el color perfecto por ser el único que los contiene todos. Para nosotros también representa la pureza, significado que subrayamos con expresiones por el estilo de «blanco como la nieve» y con símbolos como el lirio.

Los demás colores son menos corrientes en los rosetones de las catedrales, lo cual no significa que no vayamos a utilizarlos para iluminar nuestros mandalas. En los de origen hindú, por ejemplo, abundan el *verde* y el *pardo* que son también los que más abundan en la naturaleza. En algunos rosetones aparece el verde como emblema de paz; conocemos también la predilección que otorga el Islam al verde y su función como símbolo del crecimiento. Y porque el verde de la naturaleza sucede al blanco letal de los largos inviernos, aquél pasó a simbolizar asimismo la esperanza.

Estas consideraciones naturalmente no agotan las asociaciones de los distintos colores y, por otra parte, hay más de éstos. Si lo desea puede seguir jugando con ellos, y tal vez documentarse más.¹ Examine los mandalas que ha pintado, a ver qué colores utilizó con mayor asiduidad y qué le dicen.

Consideremos también con mayor detenimiento el *negro*, aunque no sea un color en realidad sino la ausencia de todos ellos. No obstante, sirve de marco a todos los rosetones, ya que vistas desde el interior de la catedral todas las estructuras pétreas de la ventana parecen negras.

Si nos fijamos en el significado simbólico del blanco, pronto echaremos de ver los atributos que caracterizan el negro. De momento que aquél representa la perfección que todo lo contiene, el negro significará la reducción absoluta, la ausencia de toda luz y, por tanto, de todo color. En el simbolismo astrológico es el color de Saturno, el guardián del umbral, y entre nosotros, el del luto y la muerte. Todos tendremos que pasar por delante de ese guardián, o lo que es lo mismo, por la fase de reducción definitiva; en el camino hacia la luz todos pasamos el polo oscuro, la zona de sombra o el submundo.

Así lo simbolizan los rosetones con toda claridad, por cuanto imponen a la mirada el recorrido arquetípico de ese camino: partiendo de la negrura de las formas pétreas circundantes, el ojo considera el esplendor cromático de la periferia, y va llenándose de luz hasta fijarse en la perfección del centro, que todo lo contiene.

1. Por ejemplo, con el libro de Weiss y Chaveli, *La curación por los colores*, publicado en esta misma editorial.

Otro ejercicio interesante sería el de averiguar qué significan las combinaciones de dos o más colores, cuáles aparecen con más frecuencia y cuáles no.

Como ya hemos dicho, en los rosetones y demás ventanas de las catedrales predominan el rojo y el azul. Son también los más utilizados en las figuras de la baraja del Tarot, donde significan lo mismo que en los templos, un aspecto del mundo polar de los contrarios. Nunca he visto en rosetón alguno, por el contrario, la combinación del rojo con el negro. Son también colores que representan la polaridad, pero de un aspecto que como se observa no tiene cabida en el imaginario de nuestras iglesias. Se trata de los colores del Demonio y éste no tiene entrada en los templos cristianos, al menos oficialmente. Fijémonos de paso en que fueron los colores elegidos por los anarquistas, con notable intuición, y también los que utilizan los indios navajo de Norteamérica para pintar a su dios destructor. Desde un punto de vista parecido podríamos examinar asimismo, por ejemplo, las banderas nacionales. En la alemana actual, por ejemplo, los colores del aspecto diabólico de la polaridad, negro y rojo, se sitúan por encima de la franja dorada, símbolo de la perfección. En cambio la bandera tradicional todavía ordenaba los colores de la polaridad alrededor del símbolo central de la unidad: negro - blanco - rojo.

Si le apetece, siga jugando con los colores, las banderas y sus significados. Tal vez no sea casual que un país como Suiza, casi el único de Europa que ha disfrutado de una historia pacífica, sea también el único que tiene por bandera un mandala perfecto. Durante estos juegos, sin embargo, conviene permanecer atentos a no introducir contrabando, es decir juicios de valor. En esto nos dan lecciones otras culturas no tan «civilizadas» como la nuestra. Los hindúes, por ejemplo, levantan templos sobre todo y principalmente en honor a Shiva, el dios destructor de la tríada que ellos veneran, porque es el señor de este mundo de la polaridad. Y también los navajo de Norteamérica le rezan al dios destructor, llamado por ellos «debelador de los dioses extranjeros» y que preside además las guerras y las catástrofes naturales. Ellos entienden las tribulaciones que les envía como otras tantas advertencias dirigidas a ponerlos de nuevo en el buen camino. Por otra parte, los cabalistas interpretan a Satán como un ángel caído (que según algunos se llamaba Luzbel, y era de una jerarquía bastante alta de los órdenes angélicos, por cierto). Pero se rebeló contra el Principio máximo y arrastró en su caída a nuestro mundo, y ahora éste ha tenido que emprender el largo camino ascensional de retorno a la luz.

Por eso nosotros intentamos reducir al Diablo, otras veces llamado también Lucifer, es decir, el portador de luz, y confinarlo en su infierno. Pero la dificultad estriba en que ese infierno se halla dentro de nosotros mismos. Cristo lo dijo bien claro: que su Reino no es de este mundo. En efecto el rey de este mundo es el Diablo. También la parábola del hijo pródigo puede orientarnos en este sentido y arroja alguna luz, a lo mejor, en lo que concierne a Lucifer, el portador de luz.

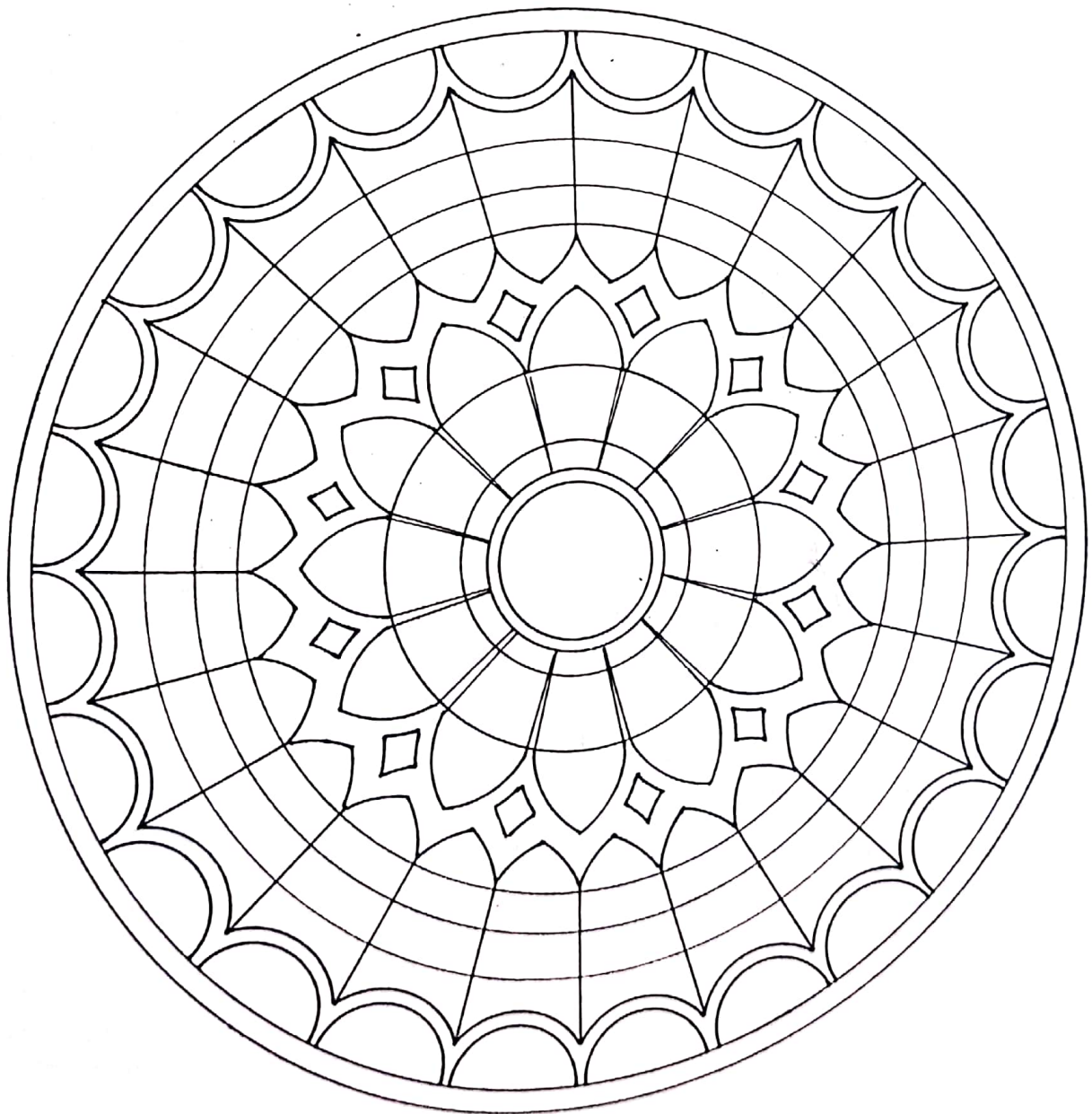
Preguntémosnos: ¿Qué sería de este mundo sin el Demonio?

Respuesta: No existiría.²

2. Es muy instructivo, en relación con el tema, el episodio «Satán» del librito de Khalil Gibran, *Abismos del corazón*.

Vemos, pues, que nuestro recorrido a través del mundo de los colores nos ha conducido hasta el Diablo, lo cual tiene su coherencia ya que los colores, excepto la idea que representan el blanco o el oro-amarillo, son de este mundo. Todos los colores del más bello vitral que nuestros ojos puedan ver forman parte del mundo de la polaridad y son demoníacos en tal sentido.

Teniendo en cuenta este aspecto y los datos adquiridos acerca del mundo de los colores, ilumine ahora este rosetón de la catedral de León.



Ruediger Dahlke



Mandalas

ROBIN
BOOK

*Un libro para descubrir nuestro interior
mediante los mandalas*

